

TESTIGO

Tiempo de Corpus

Nº 66, Junio 2020

BOLETÍN INFORMATIVO Hermandad de Caballeros de Cristo Crucificado en la Agonía



Benvolguts Germans en Crist:

Esta redacción ya no me tocaba a mí escribirla, pues ya debería haber pasado el relevo como hermano Presidente. Mi propósito es convocar, Dios mediante, la Asamblea General para que entre otros asuntos se proceda a su nombramiento, además de celebrar la Misa Promesa para admitir a los nuevos hermanos, la mayoría miembros de la Banda, y que puedan ensayar afinando tanto el tambor como a la Hermandad.

La normalidad vendrá de nuevo a nuestras vidas, y no pienso dejarme vencer por la circunstancias dejando pasar el tiempo y adoptando decisiones fáciles. Ahora bien, sino puedo celebrar la Asamblea antes del Adviento tendré que continuar como hermano presidente, pienso que entra dentro de la lógica, pero ruego al cielo que esto no pase.

Para escribiros he seguido el último capítulo de la segunda parte de **Jesús de Nazaret** (la resurrección de Jesús entre los muertos) de **Benedicto XVI**.

Y es en este preciso momento que vivimos cuando la liturgia de la Iglesia nos invita a no quedarnos mirando las musarañas, sino a reemprender con alegría nuestros trabajos y objetivos, hemos de obedecer el mandato de aquellos ángeles que en Betania, tras la ascensión de nuestro Señor envuelto en una nube, dijeron a los discípulos: *Galileos ¿Que hacéis ahí plantados mirando el cielo? El mismo Jesús que ha sido tomado entre vosotros y llevado al cielo volverá como habéis visto marcharse al cielo. Y volvieron a Jerusalén con gran alegría.*

Un paréntesis para este texto: recuerdo el daño moral y la confusión mental que me produjo cierto autor de éxito de ventas al tratar de explicar este texto con dos astronautas y una nave espacio-temporal: Se trata de una interpretación burda, incluso irracional, no era una explicación fruto de la razón, sino un intento de humanizar a Dios. ¡Que tremendo error!. ¡Que tentación tan sutil!. Mi tiempo me costó aclararme, encarrilar que el camino a seguir es el de la santidad, o al menos razonar que el objetivo de Dios es santificar al hombre y dejar de divagar con fantásticas naves aeroespaciotemporales. Vivimos en una sociedad donde las pizzas llegan antes que la policía, y donde un escritor mediocre tiene mayor credibilidad que toda la historia del pensamiento cristiano. Creemos a pies juntillas que «el humo de Satán ha entrado en la Iglesia» frase de Pablo VI; sin embargo, nos mostramos reacios a buscar «la fuente del fuego» como han hecho y siguen haciendo Juan Pablo II, Benedicto XVI o Francisco, quizás porque en nuestros corazones seguimos echando las colillas de estos «escritores de lo oculto».

La revelación de que Dios existe y que la resurrección de Cristo es un hecho real, requieren de un acto de fe por parte de cada uno de nosotros. Y este acto es netamente humano (ni de animales ni de máquinas), y aunque no sea producto de la razón, tampoco debe escapar al control de esta. La razón esta para servir a la fe, debe ser un instrumento más de los que Dios ha puesto a nuestra disposición (sacramentos, oración, esta bendita Hermandad) para tener fe, y no llegar a situaciones burdas.

A las afueras de Betania, Jesús se fue. Y nos dijo que se iba por que era necesario y que debíamos alegrarnos por ello. Que era necesario que se fuera con el Padre para que surgiera la Iglesia, pero que no nos dejaba solos, nos enviaba al Paráclito, al Espíritu Santo, este Dios desconocido.

Era necesario que el hombre viejo desapareciera, se fuera con el Padre.

Respecto a este detalle último resulta muy llamativo un aspecto común a tres apariciones de Jesucristo a sus discípulos tras su resurrección: la de **María de Magdala**, la de los discípulos de Emaús, y la de la pesca milagrosa. En las tres, cuando Él aparece los suyos no le reconocen en un principio: 1) *“al decir esto se dio la vuelta y vio a Jesús que estaba allí, pero no lo reconoció”*; 2) *“pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo”*; 3) *“al amanecer Jesús estaba en la orilla, aunque sus discípulos no sabían que era Él.”* Es decir, los discípulos se encuentran a un extraño de carne y hueso, y es necesario que haga un signo o señal para que Jesucristo sea reconocido: que le llame por nombre a la Magdalena, que parta el pan, que obre el milagro de la pesca tras una noche de infructuoso trabajo.

Se trata de un hombre nuevo el que se aparece a los discípulos.

Y es que Jesucristo no es un muerto revivido por técnicas desconocidas, no es un zombie viviente por arte de magia. Cuando Jesucristo resucita ha sucedido algo nuevo, distinto incluso de las resurrecciones de **Lázaro** y la hija de **Jairo**, algo nuevo que ha cambiado la posición del hombre en la Historia y en el Mundo.

Y nuestro Señor no se ha ido, nosotros lo encontramos aquí y ahora, cada semana, en la Eucaristía, y en la Historia a través del testimonio de los Santos, en el siglo XX: **Teresa de Calcuta**, **J. M. Escrivá de Balaguer**, siglo XVI: **Teresa de Jesús**, **Juan de la Cruz**, Siglo XII: **Domingo** y **Francisco**, ... y así hasta **Pedro** y **Pablo**. Y es que él nos lo dijo: *S. Mateo 28,20: “Yo estic sempre ab vosatros, fins a la fi del mon”*.

¡Que pronto podamos estar juntos! Del mismo modo que Cristo estuvo con sus amigos un día en la playa del mar de Galilea. (*S. Joan 21,12 Jesus els va dir: veniu almorseu*).

Hermano Presidente

El Espíritu Santo guía en medio de la incertidumbre

Hoy vivimos un tiempo único, excepcional, posiblemente no volvamos a presenciar una situación como esta. No es una guerra como muchos líderes políticos la llaman porque el enemigo no se puede vencer con las armas y menos se puede controlar mediante la represión de las libertades; una crisis, tampoco es muy acertado hablar así porque tenemos muchos elementos que nos sirven de apoyo, familia, vivienda, democracia, paz, etc.; unos medios de comunicación en términos generales más potentes que hacen la vida laboral, familiar, social mucho más llevadera; hemos descubierto a miles de personas con un sentido de humanidad muy grande que nos enseñan que hay cosas más importantes que la mera acumulación de bienes materiales, en otras palabras, tienen vocación de servir, y es la pandemia quien ha desvelado a personas tan entrañables.

Me pregunto, ¿esta pandemia es uno de los signos de los tiempos de los cuales habla la Iglesia con tanta insistencia? ¿Será una bocanada de aire nuevo del Espíritu Santo que nos dice que tenemos que renovar la humanidad y revalorarnos nosotros? En todo caso, los creyentes debemos ver esta situación como una

ocasión para que el Espíritu Santo nos inmunice interiormente y podamos ser más humanos con nosotros mismos y la creación.



Dice el Evangelio de San Juan “Cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir (Jn 16,13), hago referencia a esta cita para hacer dos preguntas que nos sirvan de reflexión:

¿A qué le hemos dado tanto valor y nos hemos dado cuenta que no es tan importante? ¿A qué no le daba tanta importancia y hemos descubierto que

tiene mucho valor? Hagámonos preguntas, cuestionémonos con la ayuda del Espíritu Santo. Ejercicio simple y necesario en la vida de todo ser humano. Los seres humanos seremos recordados por las buenas decisiones que tenemos en los momentos de incertidumbre.

D. Antonio Albeiro Sánchez Reinoza
Director espiritual

¿Un Dios que deja hacer? El mal y el dolor

¿Por qué existe el mal? ¿Qué sentido tiene el dolor? ¿Por qué Dios permite el mal? Estas son las preguntas que toda persona se hace en algún momento de la vida. Hacen referencia a uno de los grandes misterios del hombre.

La existencia del mal en el mundo, especialmente en sus formas más agudas y difíciles de entender, es una de las causas más frecuentes del abandono de la fe. Ante sucesos que parecen claramente injustos y sin sentido y frente a los que nos sentimos impotentes, surge de modo natural la pregunta de cómo puede Dios permitirlo. ¿Por qué el Señor, que es bueno, que es omnipotente, deja que ocurran males semejantes? ¿Por qué personas sencillas, que acarrean ya mucho peso en la vida, deben cargar con el drama de una tragedia imprevista, como un desastre natural? ¿Por qué Dios no interviene? Son preguntas que no dirigimos al mundo, ni tampoco a nuestros semejantes, sino a Dios, porque confesamos que Él es el Creador y el Señor del mundo [1].

Estas cuestiones, en cierta manera, desbordan los confines de la Revelación y penetran en el misterio de Dios mismo; al fin y al cabo, nada hay en la creación que escape a la sabiduría y a la voluntad de Dios. Del mismo modo que no podemos abarcar la infinita bondad de Dios, tampoco podemos sondear completamente sus proyectos. Por eso, muchas veces, la mejor actitud ante el mal y el dolor es la del abandono confiado en Dios, que siempre “sabe más” y “puede más”.

Pero es también natural que tratemos de iluminar el oscuro misterio del mal, de modo que la fe no se apague por la experiencia de la vida, sino que, precisamente en esos momentos, siga siendo luz clara en nuestro camino, «lámpara para mis pasos» (*Sal 119,105*).

El mal procede de la libertad creada

Dios no ha creado un mundo cerrado, al que sólo tenga acceso Él, ni tampoco ha hecho el mundo perfecto. Lo ha hecho abierto a muchas posibilidades y perfectible, y ha creado a los hombres y a las mujeres para que lo habiten y lo completen con su ingenio. Nos ha hecho inteligentes y libres y nos ha dado espacio para desarrollar esos talentos. En ese sentido Dios, al llamarnos a la existencia, nos pone a prueba: nos encarga la

tarea de hacer el bien según nuestras posibilidades. Y eso es, con frecuencia, una tarea fatigosa. «Negociad hasta que vuelva» (Lc 19,13): como en la conocida parábola de Jesús, los talentos no se pueden enterrar o esconder: cada uno está llamado a hacer fructificar su vida, a desarrollar lo que recibimos. Pero a menudo no lo hacemos, o incluso hacemos todo lo contrario, nos proponemos voluntariamente cosas malas y las llevamos a cabo: somos, muchas veces, culpables.

La humanidad lo fue desde el principio, desde aquel acto que fue cabeza de los demás males. Todo lo que hay de mal en el mundo gira en torno a esto: al mal uso de la libertad, a la capacidad que tenemos de destruir las obras de Dios: en nosotros mismos, en los demás, en la naturaleza. Cuando lo hacemos nos privamos de Dios, se oscurece nuestro corazón, e incluso podemos hacer que nuestra vida o la de otros se conviertan en un infierno. Este es el verdadero mal, el que más hemos de temer: el pecado. De él provienen los otros males de un modo o de otro.

El sufrimiento como prueba o purificación

Pero entonces ¿el mal es siempre el fruto directo de la culpa? Primero hay que aclarar qué es el mal. En sí mismo no es más que la otra cara del bien, la cara que la realidad muestra cuando el bien falta, cuando lo que debería ser no es y lo que tendría que estar presente no lo está. El mal es privación, no tiene entidad positiva, es negatividad, y necesita agarrarse al bien para existir[2]. Sufrimos cuando experimentamos esa ausencia de lo bueno. Desde luego, la culpa, nuestra o de los demás, produce siempre un daño; sin embargo, no siempre que sufrimos un daño lo sufrimos por haber sido culpables.

En la Sagrada Escritura el libro de Job trata con profundidad este problema. Los amigos de Job quieren persuadirlo de que las desgracias que el Señor le ha enviado son consecuencia de sus pecados, de su injusticia. Aunque no pocas veces sea así, porque los delitos merecen un castigo —algo lógico según el orden humano y también según el divino—, el caso de Job nos muestra que también los justos y los inocentes sufren. Refiriéndose a este libro sagrado san Juan Pablo II escribió: «Si es verdad que el sufrimiento tiene un sentido como castigo cuando está unido a la culpa, no es verdad, por el contrario, que todo sufrimiento sea consecuencia de la culpa y que tenga carácter de castigo»[3]. De hecho, para Job su sufrimiento supuso una prueba para su fe, de la que salió fortalecido. En ocasiones Dios nos prueba, pero siempre nos da su gracia para vencer y busca el modo de que podamos crecer en el amor, que es el sentido último del bien.

Otras veces el sufrimiento tiene un sentido de purificación. Así sucedió con Israel en el tiempo de Moisés, cuando el pueblo era voluble y caprichoso. Dios lo purificó con un largo viaje a través del desierto, y así lo fue formando hasta que fue capaz de entrar en la tierra prometida y reconocer la fidelidad de Dios a su palabra. Con frecuencia, el sufrimiento adquiere —en la Providencia divina— un valor semejante, purificador. Existen personas que, enfrascadas en el ajetreo de la vida, no se plantean las preguntas decisivas hasta que una enfermedad, o un revés económico o familiar, les llevan a interrogarse más a fondo. Y es frecuente que se opere un cambio, una conversión, o una mejora, o una apertura a la necesidad del prójimo. Entonces el sufrimiento es también pedagogía de Dios, que quiere que el hombre no se pierda, que no se disipe en las delicias del camino o entre los afanes mundanos. Por tanto, aunque hay una medida de mal en la vida de cada uno con la que cuenta la Providencia divina, ese mal se revela en último término servicio al bien del hombre.

El sufrimiento en la naturaleza

En esta luz adquiere también un cierto sentido el sufrimiento natural, ese que está presente y como inscrito en nuestro entorno creado: la fatiga del crecimiento para saber más y progresar, la caducidad de los seres, que envejecen y mueren, la falta de armonización en los fenómenos naturales (que se imponen como destruyendo el orden de la creación). Sufrimientos que no podemos evitar, que no dominamos ni controlamos, que están ahí, inscritos en la naturaleza.

En ocasiones se trata de males necesarios para que puedan subsistir otros bienes. Santo Tomás pone el ejemplo del león que no podría conservar su vida si no diera caza al asno o a algún otro animal[4]. Pero, con frecuencia, se nos ocultan los bienes que puedan tener relación con los sucesos trágicos de la naturaleza. No es fácil entender por qué Dios los permita, ni por qué ha creado un universo donde está implicada la destrucción y que, a veces, no parece estar regido por la Bondad y el Amor. Una posible luz viene del hecho

de considerar que, en general, la destrucción originada por los fenómenos naturales, tiene que ver, según el designio creador, con nuestra libertad y con la capacidad que tenemos de rechazar a Dios.

El hábitat en que vivimos y que tantas veces nos maravilla con su belleza —el mundo físico— puede también convertirse en un lugar horrible, de modo semejante a como nuestro corazón, hecho para amar a Dios y tener el Cielo dentro, puede también llegar a ser un lugar triste y oscuro: si se abandona, si se deja llevar por las semillas que planta el diablo. De modo que, cuando contemplamos una naturaleza desatada que causa destrucción sin miramientos ni atisbos de justicia, hemos de pensar que el Señor nos presenta allí la figura de un mundo en el que no puede reinar y de un corazón que rechaza el amor y la justicia. La profunda relación entre la Creación y el hombre, que fue puesto como cabeza para que la custodiase (cfr. *Gén* 2,15), se muestra también en ese desorden.

Los hombres y también «la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto» (*Rm* 8,22), porque participa del proyecto creador y redentor de Dios. Ella también «tiene la esperanza de ser liberada de la corrupción» y «participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (*Rm*8,21).



El sufrimiento redentor

Pero sin duda lo que ilumina de modo más importante el sentido del mal es la Cruz de Jesús. Y junto a la Cruz, la Resurrección. Su Cruz nos indica que el sufrimiento puede ser el signo y la prueba del amor. Más aún, que puede ser la vía de la destrucción del pecado. Porque en la Cruz de Jesús el amor de Dios lavó los pecados del mundo. El pecado no resiste, no puede resistir, al amor que se abaja y se humilla por el bien del pecador. Como expresa un famoso personaje creado por Dostoievski, «la humildad del amor es una terrible fuerza, la más fuerte de todas, a la cual no hay nada que se asemeje»[5].

En la Cruz, el sufrimiento de Jesús es redentor porque su amor al Padre y a los hombres no retrocede ante el rechazo y la injusticia humana. Él dio su vida por los pecadores, los sirvió con su entrega total, y así su Cruz se convirtió en fuente de vida para ellos.

También nuestros sufrimientos pueden ser redentores, cuando son fruto del amor o se transforman por el amor. Entonces participan de la Cruz de Cristo. Como enseñaba san Josemaría, el sufrimiento es fuente de vida: de vida interior y de gracia para uno mismo y para los demás[6]. En realidad, no es el sufrimiento en cuanto tal lo que redime, sino la caridad presente en él.

Ya en lo humano el amor tiene capacidad de modelar la vida: la madre que no escatima esfuerzos por la felicidad de sus hijos, el hermano que se sacrifica por el hermano necesitado, el soldado que se juega la vida por su pelotón. Son ejemplos que perviven en la memoria y honran a sus protagonistas. Cuando ese amor está motivado y fundado en la fe, entonces, además de ser algo hermoso, es también divino: participa de la Cruz y es canal de la gracia que proviene de Cristo. Allí el mal se transforma en bien, mediante la acción del Espíritu Santo, don que procede de la Cruz de Jesús.

La última carta

Pero a todo lo que se ha dicho hasta ahora para intentar explicar el sentido del mal se podría añadir una consideración conclusiva. Y es que, aunque el mal está presente en la vida del hombre sobre la tierra, Dios tiene siempre en su mano una última carta, es siempre el último jugador por lo que se refiere a la vida de cada uno. Dios nos quiere, nos aprecia, y por eso se reserva la última carta, que es la esperanza del mundo: su amor creador omnipotente. El amor que se manifiesta también en la resurrección de Jesucristo.

Pues por grandes e incomprensibles que lleguen a ser los dramas de la vida, mucho mayor es el poder creador y re-creador de Dios. La vida es tiempo de prueba y, cuando se acaba, empieza lo definitivo. Este mundo es pasajero. Sucede con él como con el ensayo de un concierto: quizá alguien se olvidó el instrumento y otro no se aprendió bien la partitura y un tercero está desafinando. Para eso están los ensayos. Es el tiempo de ajustar, de armonizar instrumentos, de adaptarse al director de la orquesta. Luego, al fin, llega el gran día, cuando todo está ya listo, y el concierto tiene lugar en una sala fastuosa, en medio del alborozo y de la emoción general.

La vida de Cristo no muestra sólo el amor de Dios sino también su poder, el poder de devolver con creces todo aquello que no correspondió a la justicia, todo aquello en lo que pareció que Dios no estaba presente, allí donde le dejó hacer al mal y al dolor más allá de lo que llegamos entonces a comprender. Jesús experimentó también su momento de abandono (cfr. *Mc* 15,34), lo sufrió con amor, y a la Cruz le siguió una eterna gloria. El último libro de la Escritura, el Apocalipsis, nos habla de un Dios que «enjugará toda lágrima» (*Ap* 21,4) porque Él hace nuevas todas las cosas (cfr. *Ap* 21,5) y será fuente de una felicidad sobreabundante.

¿Cómo ayudar a los que sufren?

En muchas ocasiones, ante el dolor ajeno nos sentimos impotentes y solamente podemos hacer lo mismo que el buen samaritano (cfr. *Lc* 10,25-37): ofrecer cariño, escuchar, acompañar, estar al lado; es decir, no pasar de largo. Algunas obras de arte retratan al buen samaritano y al hombre asaltado con el mismo rostro. Y puede interpretarse como que Cristo cura y, a la vez, es curado. Cada uno de nosotros somos, o podemos ser, el buen samaritano que cura las heridas de otro, y en ese momento somos Cristo. Pero a veces también necesitamos que nos curen porque algo nos ha herido –una mala cara, una mala contestación, un amigo que nos ha dejado– y somos curados por un buen samaritano, que puede ser el mismo Cristo cuando acudimos a Él en la oración, o una persona cercana que se convierte en Cristo cuando nos escucha. Y nosotros somos Cristo para los demás, porque cada uno de nosotros somos imagen y semejanza de Dios.

El sufrimiento permanece siempre como un misterio, pero un misterio que por la acción salvadora de Nuestro Señor nos puede abrir hacia los demás: «En todas partes hay chicos abandonados o porque los abandonaron cuando nacieron o porque la vida los abandonó, la familia, los padres y no sienten el afecto de la familia. ¿Cómo salir de esa experiencia negativa de abandono, de lejanía de amor? Hay un solo remedio para salir de esas experiencias: hacer aquello que yo no recibí. Si tú no recibiste comprensión, sé comprensivo con los demás. Si no recibiste amor, ama a los demás. Si sentiste el dolor de la soledad, acércate a aquellos que están solos. La carne se cura con la carne y Dios se hizo carne para curarnos a nosotros. Hagamos lo mismo nosotros con los demás»[7].

Muchas personas han sentido la caricia de Dios justamente en los momentos más difíciles: los leprosos acariciados por santa Teresa de Calcuta, los tuberculosos a los que confortaba material y espiritualmente san Josemaría o los moribundos tratados con respeto y amor por san Camilo de Lelis. Esto también nos dice algo sobre el misterio del dolor en la existencia humana: son momentos en que la dimensión espiritual de la persona puede desplegarse con fuerza si se deja abrazar por la gracia del Señor, dignificando hasta las situaciones más extremas.

Artículo de Antonio Ducay

[1] Cfr. Juan Pablo II, *Carta Apostólica SahifíciDoloris*, n. 9.

[2] Cfr. J. Ratzinger, *Dios y el mundo, Creer y vivir en nuestra época*, Barcelona 2005, p. 120.

[3] Juan Pablo II, *Carta Apostólica SahifíciDoloris*, n. 11.

[4] Cfr. San Tommaso d'Aquino, *SummaTheologiae*, I, q. 48, a. 2 ad 3

[5] *Los hermanos Karamazov*, Colihue, Buenos Aires 2006, p. 447.

[6] Cfr. S. Josemaría, *Vía Crucis*, Estación XII.

[7] Papa Francisco, *Discurso en el estadio Kerasani de Nairobi*, 27-XI-2015.

Amor por el Papa y la Iglesia

Durante estas semanas de confinamiento hemos tenido la oportunidad de participar todas las mañanas en la misa que celebraba el Papa Francisco desde su residencia en Casa Santa Marta, así como de algunas celebraciones, tanto a raíz de la Semana Santa, como con ocasión de las oraciones especiales, pidiendo el fin de esta pandemia. El Santo Padre ha querido de esta manera estar al lado de todos nosotros y por ello, en este artículo, queremos resaltar la importancia de esta figura y lo que representa para la iglesia católica y que en tantas ocasiones, posiblemente no sabemos apreciar. Después de la Santísima Eucaristía y la Inmaculada Virgen María, el Santo Padre es el tercer pilar fundamental de la fe católica y sin el cual nadie se puede definir como católico.

La figura del Papa, Vicario de Cristo en la tierra, no es una invención de los hombres, ni de la Iglesia, la figura del Papa surge del mismo Cristo, que ha querido fundar su Iglesia sobre Pedro y los Apóstoles. Fue Jesús quien eligió a Pedro como su Vicario, lo ensalzó del resto de los Apóstoles y lo erigió como guía de la Iglesia: **“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia”** (Mt 16,18) y más tarde: *«Apacienta mis corderos»* (Jn 21,15 ss.). Solo Pedro, Santiago y Juan fueron testigos de su Trasfiguración en el monte Tabor y de su angustia en Getsemani.



Mateo, reportando los nombres de los 12 apóstoles, pone primero a Pedro: “Mt 10,2”. Jesús fue hospedado en la casa de Pedro en Cafarnaum (Mc 1,26-31); Pedro fue parte del pequeño grupo, y algunas veces fue portavoz de los Doce.

El primado de Pedro fue reconocido por los mismos Apóstoles que en él reconocían la autoridad, el poder de hablar primero, (Mt 19,27); el joven apóstol Juan el día de la Resurrección le cede el entrar primero al sepulcro (Jn 20,4-8). También Jesús en la Última Cena le recuerda su misión: *“Y tú, después que hayas vuelto, confirma a tus hermanos”* (Lc 22,31). Y en los Hechos de los apóstoles se narran actuaciones que revelan la importancia de sus actos *“Pedro se alzó en medio a sus hermanos para elegir un nuevo apóstol...”*, *“Fue Pedro que después de la Pentecostés tomó la palabra...”*, *“El discurso en el pórtico llamado de Salomón tras curar al cojo de nacimiento”* o *en la asamblea de Jerusalén al tratar el tema de la circuncisión*, etc...

El Papa por lo tanto es la voz de Cristo en la tierra. El habla en nombre de Cristo, con su misma autoridad de enseñar y de confirmar a los hermanos en la fe. Amar al Papa, es escuchar su voz, porque Cristo hoy nos habla a través de la voz del papa y los obispos unidos y fieles al magisterio petrino. Eso es la iglesia que Cristo fundó, el Dios que se nos entrega en la Encarnación sigue entregándose en la Iglesia. No amar a la Iglesia sería no amar a Cristo. Podemos llegar a desconfiar de los hombres cuando el Señor permita que la flaqueza humana aparezca, pero no tenemos derecho a dudar de Dios. Y dudar de la Iglesia, de su origen divino, de la eficacia salvadora de su predicación y de sus sacramentos, es dudar de Dios mismo, es no creer plenamente en la realidad de la venida del Espíritu Santo. Los defectos de los hombres, no son nunca un motivo para disminuir la fe ni el amor hacia la Iglesia. Al contrario, el misterio de la santidad de la Iglesia, esa luz original, que puede quedar oculta por las sombras de las bajezas humanas, rechaza hasta el más mínimo pensamiento de sospecha o de duda sobre la belleza de nuestra Madre.

En los últimos años hemos tenido la gracia de tener Papas muy santos y muy cercanos y esto nos debe ayudar a rezar todos los días por el Papa, por su santidad, para que la carga que les ha tocado llevar, llegue siempre a buen término.

NOTICIAS HERMANDAD

Ningún **H**ermano **S**olo

Evidentemente tenemos pocas cosas que contaros a consecuencia de este parón forzoso al que el coronavirus nos ha llevado, pero si quisiéramos una vez más aprovechar este medio para haceros llegar la inquietud de esta Hermandad de estar cerca de aquellos que lo necesiten. Hermanos que en estos momentos por la razón que sea, de salud, de soledad, económicos, lo puedan estar pasando relativamente mal, que sepan que pueden contar con un grupo de hermanos dispuestos a estar en la medida de sus posibilidades a su lado, compartir con la máxima discreción sus preocupaciones, aliviar sus necesidades y sobre todo, que se sientan acompañados en esa travesía por la cual estén pasando, en una palabra, que no se sientan SOLOS.

La Hermandad quiere estar junto a ellos, pero es necesario conocer estos casos, por lo que invitamos a aquellos hermanos que sepan o estén en estas situaciones a que nos lo hagan saber, para lo antes posible poder llegar hasta ellos como hemos dicho de la manera más discreta pero con el máximo cariño, respeto y solidaridad. La Hermandad no es solo, cargar una imagen, tocar un tambor o procesionar en silencio riguroso, la Hermandad es un encuentro con el Señor, que nos debe llevar cada día más, a recordar sus palabras, a vivir de manera clara no sin dificultades, lo que nos dice a través de los evangelios.

Que sepan también estos hermanos que cuentan con nuestras oraciones, de todos en general, pero de manera especial, por un grupo de hermanos que semanalmente comparten unos momentos de encuentro con el Señor y donde los tenemos siempre presentes, la mayoría de veces sin conocerlos, pero convencidos de que esa aportación espiritual puede ser beneficiosa para ellos. Para contactar con nosotros puedes hacerlos a través de cualquier correo electrónico de la Hermandad o del responsable del grupo NHS, Ismael Furio ismaelfuriop@gmail.com

Libro programa JJHHCC

Es evidente que no tiene sentido su distribución porque es pasado, pero ya estaban impresos en el momento de esta crisis sanitaria, y por ello os lo queremos hacer llegar por si alguien estuviera interesado. La idea es repartirlo en la Asamblea General en el momento que se pueda realizar esta, pero si alguien lo quiere antes, puede pasar por el local de la Hermandad el próximo viernes 19 de junio de 20:00 a 21:00 horas,

www.cristoagonia.org

presidente@cristoagonia.org

secretario@cristoagonia.org

tesorero@cristoagonia.org

formacion@cristoagonia.org

Facilita o actualiza tu correo electrónico, recibirás más rápidamente el boletín **TESTIGO** y los comunicados de nuestra Hermandad. Te agradecemos nos mantengas siempre informados de cualquier cambio de domicilio, teléfono o IBAN. Muchas gracias

Si deseas recibir el boletín TESTIGO completo en papel lo puedes solicitar mediante los correos electrónicos de la Hermandad.

Recuerda que puedes visualizarlo también en nuestra Web.